

LOS DIOSSES GRIEGOS.

Bajo la luz serena de la luna
 Como el oro en fusión el mar riela,
 Resplandor que el fulgor del claro día
 Con la molición de la noche mezcla,
 La vasta playa misterioso alumbra,
 Y en el azul del cielo sin estrellas
 Vagan las blancas nubes como estatuas
 De dioses colosales y siniestras,
 Talladas por la mano del acaso
 En las entrañas de brillante piedra.

No son, no son las nubes, son los dioses,
 Los dioses mismos de la antigua Grecia,
 Que el mundo alegremente gobernaron
 En pasadas edades con su diestra,
 Y hoy, después de su ruina y su caída,
 Cuando la noche silenciosa media,
 Cruzan dolientes por el ancho cielo
 Espectros tristes, sombras gigantescas.

Fascinada y atónita a mi vista,
 Este flotante Pantheón contempla;
 Colosales figuras que se mueven
 Y cruzan tristes la extensión serena
 Con un solemne y sepulcral silencio.
 —Mirad á Kronion, rey de las esferas;
 Su nieve los inviernos en los bucles
 Vertieron, de su oscura cabellera,
 Sobre aquellos cabellos que al moverse
 Al Olimpo temblar un día hicieran;
 Aun con furor el extinguido rayo
 Trémula empuña su cansada diestra,
 Y su rostro, que hollara el sufrimiento,
 No perdió en la desgracia su fiereza.
 ¡Oh altivo Zeus! tiempos más dichosos
 Aquellos tiempos que pasaron eran,
 Cuando saciabas tu apetito ardiente
 De hecatombes y ninfas hechiceras;
 Mas de los mismos dioses el reinado
 Término al fin en el espacio encuentra,
 Los jóvenes empujan á los viejos
 Cual tú un día empujaste en vil pelea
 A tu padre y tus tíos los Titanes,
 Júpiter parricida con fiereza.

También te reconozco, altiva Juno;
 A pesar de tus celos y tus quejas,
 Otra ha tomado el cetro de los cielos;
 No eres la reina incontrastable y bella,
 Y tus brazos de lirio ya impotentes
 Miro, é inmóvil tu ojo de gacela;
 Y ya á la hermosa que de Dios el hijo,

Fruto divino, en sus entrañas lleva,
 Tu venganza cual rayo de los cielos,
 Diosa vencida, á destrozar no llega.

Y á tí también, también te reconozco:
 ¿Con tu saber y tu égida y tu fuerza
 La caída evitar no has conseguido
 Del viejo Olympo, Palas Athenea?
 Y también llegas tú, tierna Afrodita;
 Tus cabellos cual oro en tu cabeza
 Brillaban otras veces, ahora luce
 Como plata tu hermosa cabellera.
 Hermosa estás, el cinturón famoso
 De las Gracias te ciñe y te sujeta,
 Y sin embargo, miedo incomprensible,
 Raro temor me causa tu belleza;
 Y si cual héroes de lejanos días
 Tu hermoso cuerpo poseer debiera,
 Por loca angustia el corazón opreso
 Yo moriría de quebranto y pena.
 Eres tan sólo, Venus Libitina,
 Ya de la muerte la deidad siniestra.

Tampoco Arés con su mirada amante
 A su querida lívida contempla;
 Febo Apolo, el hermoso adolescente,
 Inclina tristemente la cabeza,
 Y la lira sonante que alegrara
 Del Olimpo feliz la noble mesa,
 Y vibró en el banquete de los dioses,
 Destemplada sostiene con su diestra.
 Más sombrío Hefaistos me parece,

Y el adusto Vulcano con fiereza
 A la celeste reunión no sirve,
 A Hebe sustituyendo, el dulce néctar.
 La risa inextinguible de los dioses
 Después de tanto tiempo ya no suena.

Yo jamás os amé, ¡viejas deidades!
 ¡Divinidades clásicas y fieras!
 Mas piedad santa y compasión ardiente
 De mi pecho sensible se apodera
 Cuando errantes os miro por la altura,
 ¡Dioses abandonados! ¡sombras muertas!
 ¡Nebulosas imágenes que el viento
 Hace huir aterradas y dispersas!
 Y al pensar cuán cobardes y cuán falsos
 Los dioses son que un día os vencieran,
 Esos sombríos y modernos dioses
 Que hoy los cielos dirigen y gobiernan,
 Zorros de sangre ansiosos, que se cubren
 Con la piel del cordero, ardiente llena
 La ira mi pecho, y deshacer sus templos
 Y por vosotros combatir quisiera.
 Por vosotros, deidades sonrientes,
 Y vuestro buen derecho, que la Grecia
 Con su ambrosía perfumó, y sumiso,
 En vuestro nuevo altar lleno de ofrendas
 Adorar y cantar y alzar al cielo
 Los brazos suplicantes yo quisiera.

Verdad es que otras veces, viejos dioses,
 De los humanos en las luchas fieras

Del vencedor tomabais el partido,
 Venales cortesanos de la fuerza.
 Pero es el alma del mortal más noble,
 Más entusiasta y generosa y tierna,
 Y yo sigo, en las luchas de los dioses,
 De los dioses vencidos la bandera.—

Hablaba así, y en el sereno cielo
 Las visiones fantásticas de niebla,
 Sensibles á mi voz, enrojecían,
 Mirábanme con silenciosa pena,
 Y cual por el dolor transfiguradas
 Fundiéronse de pronto en las tinieblas.
 Ya se había escondido silenciosa
 La luna tras las nubes cenicientas,
 Alzaba el ancho mar su voz sonora,
 Y del espacio en la extensión inmensa
 Salían victoriosas, derramando
 Sus eternos fulgores, las estrellas.

CUESTIONES.

A orillas del mar desierto,
 Junto al piélago intranquilo,
 Un joven lleno de dudas
 Se detiene pensativo,
 Y así á las ondas inquietas
 Dice con aire sombrío:

—«Explicadme de la vida
 El arcano no sabido,
 Enigma que tantas frentes
 Ardieron por descubrirlo;
 Cabezas engalanadas
 Con adornos pontificios,
 Frentes con mitras hieráticas,
 Con turbantes damasquinos,
 Con birretes doctorales,
 Con pelucas, con postizos
 Cabellos, y tantas otras
 Cabezas que el escondido

Enigma saber quisieron,
Decidme, yo os lo suplico:
¿Qué es el hombre? ¿de dó viene?
¿Adónde va su camino?
¿Qué habita en el alto cielo
Tras los astros encendidos?»—

El mar su canción eterna
Murmura triste y dormido;
Sopla el viento; huyen las nubes;
Los astros en el vacío
Fulguran indiferentes
Con sus resplandores fríos,
Y un demente una respuesta
Espera en tanto intranquilo.

EL PUERTO.

Feliz aquel que al puerto llega al cabo,
Tras sí dejando mares y tormentas,
Y tranquilo en el sótano abrigado
Se sienta al fin del *Rathskeller* de Brema.

¡Cuán fiel y delicioso el mundo todo
En el cristal del *ræmer* (1) se refleja,
Y cuán luciente al corazón cansado
Ese moviente microcosmo llega!
Yo en ese vaso reunidos veo
Del humano infeliz la historia entera:
A Gans el sabio, y al severo Hegel,
El Turco altivo, la riente Grecia;
Bosques de limoneros, y paradas
Militares; Berlín, Túnez, Abdera;
Pero ante todo, el corazón prefiere
De mi amada mirar la imagen tierna,
Y ver del Rhin sobre el dorado fondo
Leve oscilar su angelical cabeza.

(1) *Ræmer*, vaso de estaño, y fondo de cristal, á propósito para servir la cerveza.

¡Hermosa eres, mi bien, como una rosa!
 No cual la rosa de Sehiraz, la eterna
 Pasión del ruisenior que Hafiz cantara;
 No cual la rosa de Sarón, la fresca
 Y santa flor de rojas aureolas
 Que en sus salmos cantaron los profetas;
 Tú te pareces á la oliente rosa
 Del abrigado *Rathskeller* de Brema.
 La rosa es de las rosas; nunca muere
 Y florece en eterna primavera.
 Su perfume divino me ha devuelto
 La fe y el entusiasmo con tal fuerza,
 Que si el digno y honrado repostero
 Del abrigado *Rathskeller* de Brema
 No me hubiera tenido por la espalda,
 Ruedo hasta el suelo dando volteretas.

Hombre honrado y leal; sentados juntos,
 Bebo con él con fraternal franqueza;
 Altas cuestiones debatimos graves;
 Suspiramos los dos con honda pena,
 Y lo abrazo por fin: él me ha enseñado
 Del cariño la ley constante y tierna.
 Yo por mis más crueles enemigos
 He brindado con él; y á los poetas
 Malos dí mi perdón, para que al cabo
 Yo también perdonado un día sea.
 Yo lloré compungido, y miré abrirse
 Por último ante mí del bien las puertas:
 La bodega; solemne santuario
 Donde doce toneles, que de inmensa

Cabida están dotados y se llaman
 Los apóstoles santos, con fe eterna
 Preces y preces dicen en silencio...
 Y es no obstante universal su lengua.

Personajes notables: es sencillo
 Su exterior, y sus ropas de madera;
 Mas por dentro, más bellos, más brillantes
 Que todos los levitas de la Iglesia,
 Y de Herodes feroz los cortesanos
 Engalanados de oro y plata y sedas.
 Yo siempre he dicho que Jesús divino,
 Que el Señor de los cielos y la tierra
 Vivió en medio de nobles compañías,
 No entre gentes vulgares y groseras.

¡Aleluya! ¡Qué grato es el perfume
 Que aspiro de Bethel en las palmeras!
 La mirra del Hebrón ¡qué aromá exhala!
 ¡Qué dulce el viento entre los tilos suena!
 ¡Cuán alegre el Jordán, el sacro río,
 Murmurando á compás se balancea!
 Y con él á compás mi alma vacila,
 Y se mece, y vacilo yo con ella;
 Y también vacilando, el repostero
 Del abrigado *Rathskeller* de Brema,
 Adonde brilla el resplandor del día,
 Me conduce subiendo la escalera.

¡Oh! bravo repostero, mira, mira;
 Míralos bien, en las techumbres viejas

Están todos los ángeles sentados;
Ebrios están, y cantan y vocean:
El sol que en lo alto brilla, es solamente
Un mascarón rojizo que se quema
La nariz del espíritu del mundo,
Y en torno á esta nariz que arde y flamea,
Entre burlas y risas y canciones
Con loco afán el universo rueda.

EPÍLOGO.

Como ondulan en el prado
Las mieses ante los vientos,
En el cerebro agitado
Del pensador olvidado
Ondulan los pensamientos.

Y son las enamoradas
Imágenes del poeta,
Cual las flores azuladas,
Que abren su corola inquieta
Entre las mieses doradas.

¡Pobre flor, azul ó roja!
El segador, con su mano,
Por inútil te deshoja;
Con necio desdén te arroja
De su campo el aldeano.

Y el que los campos pasea,
Cuando la vista derrama
Y en vosotros la recrea,
Flores malditas os llama
Y vuestra muerte desea.

Mas la aldeana inocente
Que coronas perfumadas
Teje al amor, sonriente,
Entre sus trenzas doradas
Os coloca alegremente.

Y corre de dicha llena
Hacia el baile bullicioso,
Donde con s6n cadencioso
Melanc6lico resuena
El viol6n armonioso,

Si no prefiere la 6mbrosa
Fronda, donde misteriosa
La voz de su bien querido
Suenam6s grata en su 6ido
Que la flauta cadenciosa.

EL REGRESO.